

CUENTO DE NAVIDAD

Desde que murió su hermano, Óscar estaba muy raro: apenas hablaba y rehuía a la gente. Sus padres lo habían llevado al psicólogo, que le hacía un test tras otro, sin conseguir que sonriera alguna vez. Nada le hacía gracia. Era como, si de repente, todo el mundo con sus millones de toneladas de peso se le hubiera venido encima. Todo era triste, oscuro y negro. Un túnel sin salida, un callejón sin salida. Estaba hecho polvo.



Sus padres intentaban, por todos los medios, ayudarlo, a pesar del dolor que también sentían por haber perdido un hijo: lo llevaban de excursión, le compraban sus juegos de ordenador favoritos, hacían venir a su casa a sus mejores amigos... y nada. Parecía que todo le molestaba. Decía una y otra vez que no era mucho pedir que lo dejaran en paz. Su hermano había dejado un vacío tan grande que NADA, NADIE podía llenarlo. Además, cuanto más se emperraban en buscarle diversión, en entretenerlo, más nervioso se ponía y volvía a repetir una y mil veces más: “¡Pero, buen...! ¿Cómo he de decir que me dejéis en paz de una vez?”

En el colegio, sus maestros observaban que, aunque era muy buena persona, últimamente estaba inquieto y no se centraba. Un día, el maestro les presentó a un alumno recién llegado: era inmigrante y se llamaba Jesús. Le encargó a Óscar que lo ayudara. Cuando bajaron al recreo, Óscar le dijo: “Mira, Jesús, o como te llames, será mejor que te busques otro ayudante, porque yo no quiero compañía”. Jesús no se desanimó y le dijo que deseaba ayudar. Óscar le respondió que no veía cómo iba a hacerlo, cuando lo único que quería era recuperar a su hermano. Jesús le respondió que tenía razón en que su hermano no iba a volver, pero que

pensara que no se había ido del todo, porque lo llevaba en su corazón, si prestaba atención oiría la voz de su hermano, animándole a ser el chico alegre de siempre.

No estaba muy convencido, pero este Jesús era muy persuasivo y no abandonaba a Óscar en ningún momento. Cada vez que tenía ganas de hablar, ahí estaba Jesús, cada vez que tenía un problema, aparecía para ayudarlo. Óscar se iba abriendo: comenzaba a contar chistes y Jesús le reía las gracias.

Cuando ya estaba bien y era capaz de escuchar la voz de su corazón, comprendió cuánto lo seguía queriendo su hermano. Estaba tan contento que dio una fiesta, antes de la Navidad, diciéndoles a sus padres que Jesús era su invitado especial por todo el bien que le había hecho. El día de la fiesta acudieron todos sus amigos... menos Jesús. Óscar pensó que quizás sus padres no le habían dejado ir. Al día siguiente, en el colegio, nadie sabía nada del asunto. Jesús ya no ocupaba su pupitre.

Óscar pensó que era buena idea ir a la dirección que le había dado una vez, pero, cuando llegó, ahí sólo había una iglesia. Entró y entonces vio aquella imagen en el altar: sí, se parecía mucho a Jesús...; entonces...

Ahora, ya todo estaba claro. Óscar había comprendido la verdad. El mismo Jesús en persona se había presentado para ayudarle y había hecho el milagro de devolverle un poco de paz y de esperanza. Fue sin duda el mejor regalo de Navidad que había recibido nunca. Y ya sabía dónde vivía un amigo que jamás le iba a fallar, que nunca le iba a traicionar.

Arturo Marco 2º ESO

